

del de Lillo, que está en frente, dominaban completamente el Escalda desde estos dos puntos hácia abajo. Lo mismo sucedia á los de Amberes por la parte superior; mas en medio se encontraba como una barrera insuperable el fatal puente.

A derribar, pues, esta especie de muralla, se dirigieron los esfuerzos de unos y otros. En su conservacion cifraba Alejandro todos los medios de tomar la plaza. Creyó en un principio que procederian los ataques mas activos de la escuadra establecida en la parte inferior; mas era en Amberes donde se tomaban las medidas mas eficaces para acabar con una obra que los amenazaba con la ruina. Trataron primero de cortar, al amparo de la noche, las maromas ó cables que sujetaban los buques del puente; mas Farnesio inutilizó su tentativa, sustituyendo las maromas con cadenas de hierro, que no la exponian al mismo inconveniente. Si era grande en unos la actividad para destruir, mayor era la del de Parma para reparar, sin perdonar diligencia alguna, los daños de su puente ó cortadura.

Residia á la sazón en Amberes un ingeniero italiano llamado Giambelli ó Jambelo, hombre de recursos, de cuyos consejos hacian mucho caso aquellos habitantes. Construyeron por su direccion una porcion de barcos chatos, muy altos por los dos costados, con suelo ó fondo de cal y de ladrillo, sobre el que colocaron un cofre de mina con su galería en direccion de popa á proa, lleno de pólvora, balas y otros proyectiles. Todo el hueco entre los costados de la embarcacion y la mina, se ocupó con piedras y mas materias pesadas, cuantas podia recibir el buque. En todo este aparato no faltaba su mecha, que iba oculta y preparada como las de las minas ordinarias.

De esta especie de brulotes se aprontaron hasta quince, cuatro grandes y once algo mas pequeños, ascendiendo á setenta quintales de pólvora la carga de las cuatro mas considerables. Se preparó todo este artificio con

el mayor secreto, y aunque se susurraba en el campo de Alejandro que los de Amberes preparaban medios de destruir el puente, no llegaron á conjeturar de qué especie eran.

Se lanzaron, pues, rio abajo los quince brulotes, disparando sus tripulaciones fuegos de artificio para excitar mas la sorpresa de los sitiadores. Asombrados se quedaron éstos, en efecto, al ver una acometida tan extraña, é ignorantes del peligro que corrian, la aguardaban sobre el mismo puente, pensando en neutralizarla por los medios ordinarios. La contemplaba asimismo atónito Alejandro desde el castillo de Santa María, acompañado del marqués de Rubais y otros jefes principales. A ruegos de algunos de sus oficiales se alejó de aquel sitio, donde tan graves riesgos corria su persona; mas no siguieron su ejemplo Rubais ni los otros jefes; tan ajenos estaban de sospechar que eran minas lo que se acercaban. Estaban coronadas las dos orillas del Escalda de gente que acudió á presenciar un espectáculo tan extraordinario, y cuyo secreto era sabido de muy pocos. Caminaban mientras tanto los brulotes, hábilmente dirigidos por marinos prácticos. Cuando estuvieron á cierta distancia del puente, pasaron á las lanchas que llevaban para ello preparadas, habiendo puesto el fuego á las mechas de antemano, sin que fuese observado por los espectadores, por estar ocultas en los mismos buques.

Abandonados así los brulotes á su propia direccion, cedieron al impulso natural de la corriente. Los once mas pequeños se desviaron del camino y vararon en la orilla. Pasaron mas adelante los cuatro grandes; mas á los tres de ellos les sucedió lo mismo que á los otros, quedando medio sumergidos. Solo llegó uno á su destino, que los nuestros no pudieron detener, reventando la mina en el mismo instante de tocar el puente. Fué espantosa la explosion, y sus efectos superiores á cuanto pudiera describirse. Se estremeció al estampido el suelo de los alrededores; se oscureció el aire como en medio de un vio-

lento huracan, mientras volaban hechos pedazos las piedras, las vigas, los maderos, todo el material del castillo de Santa María y de la estacada inmediata, con mas de ochocientas personas que la coronaban. Penetró en la atmósfera un hedor intolerable, efecto de los mistos de la mina, que sofocó á varios y privó á muchos del sentido. Se cubrieron en pocos instantes las aguas del rio, las riberas y los campos de toda suerte de destrozos, de cuerpos mutilados chorreando sangre, ennegrecidos por el humo: algunos se ahogaron en el rio: quedaron otros sepultados en los fragmentos de piedra y maderos, y no pocos que no perecieron en el acto, luchaban con las aguas agitadas del rio, ó lanzaban en los aires gemidos dolorosos.

Si los demas brulotes, ó á lo menos una gran parte, hubiesen llegado igualmente á su destino; si los de Amberes y los de Lillo hubiesen acudido con sus fuerzas inmediatamente que tuvo efecto la explosion, hubiese tal vez desaparecido el puente y desordenádose completamente el campo de Alejandro. Mas por ninguna parte se presentaron los confederados. Autores dicen que nada supieron de lo que allí pasaba, hallándose sin noticias por espacio de dos dias. Si esto es cierto, aunque de ningún modo verosímil, arguye mucho descuido en los sitiados, que por otra parte debian de estar muy ansiosos de saber el resultado de su tentativa.

No perdió su presencia de ánimo Alejandro en medio del dolor, de la consternacion que le causó una pérdida tan espantosa, menos sensible por las obras destruidas, que por tantos valientes, víctimas sin gloria de una explosion que no se habia previsto. Entre ellas se contaba al marqués de Rubais, general de la caballería, esclarecido capitan y muy querido de Farnesio. Atendió éste con su actividad acostumbrada al alivio y curacion de los heridos, á restablecer el orden, y sobre todo á la reparacion de las obras, levantando nuevas estacadas, colocando otros buques en el puente, aunque sin la debida

trabazon; de modo que á la mañana del dia de la explosion conservaba de lejos la apariencia de estar como antes, sin ninguna ruptura perceptible. Con la misma actividad se llevó adelante la obra de la reparacion, de modo que dos dias despues no solo estaba el puente repuesto, sino muy mejorado.

No desmayaron los de Amberes por el poco efecto de su tentativa. Nuevos brulotes construyó Giambelli; mas habiendo desaparecido la impresion producida por la novedad, fueron aún mas inútiles que los anteriores. Llegaron los soldados de Farnesio hasta apagar la mecha de que venian provistos, y con garfios de hierro y otros instrumentos los desviaban hácia las orillas, donde quedaban varados y medio sumergidos. Recurrieron tambien al artificio de lanzar varias lanchas trabadas entre sí, para que chocando contra el puente, arrastrasen consigo algunos de los buques en que se apoyaban. Mas tambien los españoles se precavieron contra este accidente, preparando huecos por donde las lanchas se escurrian. Recurrieron los sitiados por último á la construccion de un enorme navio armado de espolones de hierro, que lanzaron á favor de la corriente y la marea, lisonjeados de que al choque de tan enorme mole cederian los barcos y se destruiria la trabazon de las demas partes que á la formacion del puente concurrían. Mas no fué esta máquina, á la que dieron el nombre pomposo de *Fin de la guerra*, de mejor efecto que las anteriores. Despues de abandonado á su propia direccion, torció su curso, y fué á varar en la orilla derecha, cerca de Ordan, sirviendo de mofa á los sitiadores, quienes la llevaron al príncipe de Parma.

Perdida la esperanza de destruir aquella barrera fatal que los tenia incomunicados con el mar, resolvieron los de Amberes abrirse otro camino sin que pudiese estorbárselo el puente de Alejandro. Para comprender la operacion de que esperaban este efecto, se tendrá presente que coronaban las riberas del Escalda, como las

de casi todos los rios del pais, diques de bastante elevacion, con que evitaban la inundacion de los campos en la crecida de las aguas. Para la comunicacion de los diques con las tierras altas cuando la inundacion tenia lugar, habia otros diques ó murallones llamados contra-diques. Entre el dique de la orilla izquierda del Escalda del lado de Flandes y un pueblo inmediato situado sobre una elevacion, llamado Colvesteins, existia un contra-dique de este mismo nombre. Dueños los de Amberes de abrir el dique del Escalda por encima del puente de Farnesio, y los de Lillo de practicar lo mismo por debajo, podian proporcionarse una inundacion tal que les abriese comunicacion con el mar, quedando de este modo inutilizada aquella obra. Mas para que se mezclasen las aguas del rio por entrambas partes, era necesario destruir el contra-dique de Colvesteins que estaba de por medio. De este punto se habia apoderado de antemano el principe Alejandro, preveyendo lo importante que podia serle en sus operaciones; y como anticipándose á los designios de sus enemigos, habia fortificado el punto con algunos castillos que se apoyaban en el mismo dique. En frente, es decir, en el pueblo y colina donde terminaba el contra-dique, hizo construir un baluarte, desde donde se podia ofender á los que por una y otra parte le atacasen.

A la expugnacion de este contra-dique se aplicaron con suma tenacidad los de Amberes, pues aunque el gobernador Santa Aldegundis y Giambelli se obstinaban en hacerles creer que aún se podia destruir el puente de Farnesio, daban por inútil ya esta empresa.

Se hicieron contra el contra-fuerte de Colvesteins dos tentativas. En la primera atacaron solo los de Lillo con el conde de Holak á la cabeza, contando con que lo harian al mismo tiempo por su parte los de Amberes. Embistieron con furia los buques de los confederados; llegaron á situarse sobre el mismo contra-dique, haciendo replegarse por un tiempo á las tropas que le coronaban; mas con los fuegos que éstas les hicieron desde los cas-

tillos, tuvieron que abandonar el terreno y volverse á sus nav'os. Viendo por otra parte que no acudian los de Amberes, desistieron de la empresa, no sin haber dejado en el contra-dique algunos muertos, y causar casi la misma pérdida á los enemigos.

La segunda embestida al contra-dique de Colvesteins fué mucho mas séria, y el lance infinitamente mas reñido. Por esta vez atacaron los enemigos por ambos lados de la inundacion; los de Amberes conducidos por Santa Aldegundis; los de Lillo al mando del mismo conde de Holak, acompañado entre otros de Justino Nassau, hijo bastardo del principe de Orange. Ascendia á doscientos el número de buques que atacaron por entrambas partes. Llevaban consigo fuegos de artificio para deslumbrar con la llama durante la noche, y ofender con el humo á los del contra-dique, pues se verificó la embestida á la caída de la tarde. Llevaban ademas sacos de tierra, tablas, faenas y otros materiales para construir trincheras y ponerse á cubierto cuando llegasen á tomar tierra, tanto en el mismo contra-dique, como en frente de los castillos que le defendian.

Pareció al principio mostrarse la fortuna favorable á los asaltadores. Cayeron con furor las tropas situadas en el contra-dique, y con el mismo hicieron fuego á los castillos. Llegaron á establecerse en tierra, y por medio de la trinchera que inmediatamente levantaron, pudieron ofender, poniéndose á cubierto de los tiros enemigos. Llegaron hasta á ganar uno de los fuertes llamado la Palada, volviendo su fuego contra los restantes. El ataque del contra-dique fué tan sério, y tan obstinada la furia de los confederados, que lograron hacer una abertura de bastante extension para abrir paso á una de las naves que cargadas de víveres aguardaban en la parte inferior del rio el resultado de las operaciones. La llegada de esta nave á Amberes produjo las mayores demostraciones de alegría, sobre todo manifestándoles Santa Aldegundis, que regresó en ella á la ciudad, que estaba

destruido el contra-fuerte, aseguradas ya sus comunicaciones con el mar, y que nada tenían ya que temer del puente de Farnesio.

Se condujo con sobrada ligereza Santa Aldegundis dando prematuramente la feliz noticia, y sobre todo abandonando el campo de batalla antes de estar decidida la victoria. El príncipe de Parma, que se hallaba con los que guardaban su puente aguardando allí un ataque mientras tenia lugar el conflicto de que hablamos, se trasladó volando al campo del peligro cuando supo el que corrían sus tropas de ser envueltas por los confederados. Con su presencia se reanimó el valor de los que daban el lance por perdido; y á su voz, que los trataba de cobardes, y aun mucho mas con su ejemplo, se precipitaron los soldados hácia donde los enemigos trabajaban por ensanchar la brecha que habian abierto al contra-fuerte. Sobre aquel terreno estrecho en que de un lado y otro se hallaban las aguas de la inundacion, se trabó una reñida pelea en que los hombres combatian cuerpo á cuerpo, luchando cada uno por no apartar el pié del terreno que una vez habia ganado. Mientras tanto acudia al teatro de la accion el tereio situado en la colina de Colvesteins, bajo la vigilancia del conde de Mansfeld, y este refuerzo fué de mucha importancia para redoblar el valor de los nuestros y aumentar la confusion de los contrarios. Llegaron los primeros á arrojar á los confederados del contra-dique, y á volver á cegar con piedras, faginas y tablones, la brecha ó boquete que habian llegado á abrir los enemigos. Continuaban éstos peleando obstinadamente desde sus navíos. Por fin, después de siete horas de batalla reñida, abandonaron éstos la empresa y emprendieron la retirada para los puntos de Amberes y de Lillo. Mas tal fué el desórden de este movimiento, tal el estado de destrozo, que discurriendo los nuestros por el dique del Escalda y echándose otros á nado, se apoderaron de muchos buques que iban rezagados.

Pocos combates se dieron nunca en terreno tan es-

trecho. En pocos se derramó mas sangre, teniendo en cuenta el número de los combatientes. Dejaron los confederados tres mil cadáveres en el contra-dique; perdieron mas de noventa piezas de campaña en los veinte y ocho buques que les fueron tomados por los nuestros. A setecientos asciende el número de los muertos que tuvo Farnesio; á quinientos el de heridos. Renunciaron por entonces los de Amberes á la esperanza de abrir sus comunicaciones con el mar, y desde este momento debieron tener por segura su pérdida si no les venia algun auxilio que los indemnizase de tan sensible pérdida. Habia agotado Giambelli todos los esfuerzos de su imaginacion: se mantenía firme como siempre el puente de Farnesio: el contra-dique estaba reparado, y en igual caso las fortificaciones que le defendian.

Para el aumento de los apuros de la ciudad sitiada, llegó á sus oídos la noticia de la pérdida de Malinas, que privada de sus comunicaciones, como lo habian sido las demas plazas fuertes de Flandes, habia tenido que abrir sus puertas al príncipe de Parma. Aún tenían puestas algunas esperanzas los de Amberes en las mieses de las inmediaciones, próximas á su madurez, pues ocurría esto en los meses de verano de 1585. Mas Farnesio, atento á todo, y engolfado siempre en la idea de tomar la plaza á cualquier precio, envió tropas que talaron los campos de las inmediaciones. Ya era tiempo de que Amberes pensase en librarse de una ruina inevitable.

Se hallaban cortadas las comunicaciones con el mar, sin esperanza de remedio; en poder de Farnesio todas las plazas fuertes de los alrededores en que tenían puesta su confianza; taladas las mieses de las inmediaciones; tomados ya por las tropas españolas los mismos arrabales. Comenzaba ya á sentirse en la ciudad la falta de viveres, y á la vista de los habitantes se presentaba la horrorosa imágen del saqueo que el general español habia prometido á sus soldados si tomaban la plaza á viva fuerza. Se introdujo, pues, el descontento en la generalidad,

y sin rebozo manifestaron deseos de que se entrase en capitulaciones con el príncipe de Parma. Le enviaron con este objeto embajadores, y aunque el vencedor se mostró al principio bastante airado por la resistencia que habian opuesto á las armas de su rey, manifestó deseos de entrar en negociaciones y venir á términos amistosos con aquellos habitantes. Era en él mucho el deseo de reducir á la obediencia del rey aquella importantísima ciudad, y por otra parte estaba siempre receloso de que alguna nueva embestida ú otro accidente imprevisto le desbaratase el puente, que consideraba como el solo medio eficaz de hacerse dueño de la plaza. Despues de varios pasos y negociaciones, se convinieron de una y otra parte en los capítulos: de que quedase en Amberes, como sola religion, la católica: que se restituyesen los templos que se habian quitado á dicho culto, y se volviesen á levantar los destruidos á expensas de los autores de este estrago: que el de Parma estableciese en Amberes guarnicion de naciones amigas de la ciudad, exceptuándose los italianos y españoles: que aprontase la ciudad cuatrocientos mil florines para indemnizar los gastos de la guerra: que los protestantes pudiesen permanecer en la ciudad por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales la dejarían para siempre: que se indultarian los demas excesos cometidos contra el rey, cuya autoridad se volveria á reconocer por todos los habitantes y autoridades de la plaza.

Las condiciones no eran duras considerando el aprieto de la poblacion; mas todavía titubeaban en aceptarlas los principales habitantes mas influyentes, que se veian en la necesidad de someterse al rey de España. Por aquellos dias circularon por la ciudad rumores de próximos socorros de Francia y de Inglaterra; mas desengañados, no pensaron mas que en abrazar el partido que el vencedor les ofrecia.

Mientras el de Parma, estipuladas ya las condiciones, se preparaba á entrar en la ciudad, recibió la insignia del Toison de Oro que en premio de sus servicios

le enviaba el rey de España. Con este motivo hubo grandes festejos en su campo, donde era sumamente querida la persona de Alejandro. Para que pudiese entrar en la ciudad adornado con esta nueva insignia, se la puso con toda solemnidad el conde de Mansfeld, caballero asimismo del Toison, en la capilla del castillo de San Felipe, habiendo celebrado la misa de pontifical el arzobispo de Cambrai á vista de los principales jefes del ejército. Mientras tanto estaban las tropas formadas en las dos riberas del Escalda, y con la arcabuceria y las piezas de todos los castillos inmediatos se hicieron varias salvas, que realzaban el aparato y solemnidad de aquella ceremonia.

Dos dias despues tuvo lugar la entrada del príncipe en Amberes, y que merece bien el nombre de triunfal, no solo por la gran victoria adquirida, sino por el aparato y pompa militar que le rodeaba. Entró acompañado de los principales jefes del ejército, entre los que se distinguian el duque de Arescot, el príncipe de Chimay, el conde de Egmont, el de Aremborg, el de Mansfeld y Altatenne, todos flamencos, pues no se habia permitido la entrada en la ciudad, segun las capitulaciones, á los italianos y españoles. Fué recibido Farnesio por los magistrados de la ciudad con todas las muestras de sumision y de respeto: por la generalidad de los habitantes con silencio respetuoso, en que manifestaban considerarle solo como un vencedor á quien abrian las puertas por necesidad y no sufrir mas las calamidades de la guerra. No hay necesidad de indicar mas circunstancias que ocurrieron en esta ceremonia de aparato, casi tan iguales en todas las de aquesta clase. Pasó Alejandro á la catedral, donde se cantó un magnífico *Te-Deum*; tomó en seguida providencias de orden y buen régimen, mostrándose celoso porque se cumpliesen religiosamente las capitulaciones por una y otra parte. Hizo abatir de todos los edificios y demas parajes públicos las armas é insignias del duque de Anjou y cuantas daban indicio de que

aquella ciudad habia estado bajo otra dominacion que la del rey de España. Fueron restauradas las armas de este soberano con la mayor solemnidad, y desde entonces volvió á regir su voz en aquella ciudad tan floreciente.

Sujetada Amberes, no tardó Farnesio en continuar el curso de sus operaciones militares. Habia puesto el sitio y toma de esta plaza el sello á su gran reputacion, y colocádole en la clase de los primeros capitanes. En todo aquel siglo fué el tercero de los hechos de armas de esta clase dignos de mas celebridad y de mas fama. Despues del de Rodas y el de Malta viene el de Amberes, sin que ningun otro le pueda disputar este alto puesto. Otro ocurrió despues de tanta nombradía, en que hallaremos la persona de Alejandro como uno de los actores principales de aquel drama.

CAPITULO LVIII.

Continuacion del anterior.--Resultados de la toma de Amberes.--Conflictos de los Estados.--Ofrecen la soberanía del pais á la reina de Inglaterra.--La rehusa Isabel, mas les ofrece auxilios.--Sale de Inglaterra para los Países-Bajos el conde de Leicester con un cuerpo de tropas auxiliares.--Su buen recibimiento.--Toma el mando del pais.--Sitio y toma de las plazas de Grave y Venloo por el principe de Parma.--Pasa á sitiar á Nuiss en el electorado de Colonia.--Toma é incendio de esta plaza.--Pasa al sitio de Ruimberg.--Retrocede á socorrer á Zutphen.--Infructuosas tentativas sobre esta plaza del conde de Leicester.--Descontento en el pais con este general.--Pasa á Inglaterra.--Sitio y toma de la Esclusa por el duque de Parma.--Vuelta de Leicester.--Sus tentativas infructuosas de socorrer la Esclusa.--Nuevos disgustos.--Nuevo regreso de este general á Inglaterra.--Situacion del pais.--Nuevos alistamientos del duque de Parma con motivo de otra guerra (1).

1585—1587.

CON la ocupacion de Amberes por Farnesio, quedaba á su disposicion el mar y libre el camino para

(1) Las mismas autoridades.

cuando quisiese intentar una expedicion sobre la provincia de Zelanda. A excepcion de la plaza de Grave y otros puntos de menos consideracion en el Bravante, habia ya reducido este hábil capitan á la obediencia de Felipe II todas las provincias meridionales de los Países-Bajos. En la de Güeldres, considerada como septentrional, solo le restaba la expugnacion de la plaza de Venloo, situada como la de Grave sobre el Mosa. Quedaba, pues, reducida la insurreccion á los paises del norte, mucho menos fértiles y ricos que los otros, pero donde el odio al rey de España habia echado raices muy profundas. Era, pues, imposible para los estados el sostener la guerra por si solos contra un adversario tan temible, poderoso y hábil á quien halagaba la fortuna; y se veian por lo mismo en la triste necesidad de echarse en brazos de un principe extranjero, para librarse de caer en manos de otro extranjero tambien mas, cuya dominacion les era bajo muchas consideraciones tan odiosa. Ya hemos hablado de lo infructuoso de sus tentativas cuando se dirigieron al rey de Francia, ofreciendo reconocerle como soberano si les enviaban auxilios bastante poderosos para hacer frente y arrojar del pais al rey de España. Agradable debió de ser la perspectiva para Enrique III, de la adquisicion de tan ricas y fértiles provincias; mas impotente en realidad contra una vasta faccion en la que ejercia Felipe II tanta influencia, tuvo que renunciar á este aumento de poder, negándose rotundamente á las súplicas de los embajadores. No restaba, pues, otro recurso á los confederados de los Países-Bajos, que dirigirse á la reina de Inglaterra con las mismas pretensiones. Aunque Isabel los habia socorrido muchas veces con tropas y dinero; aunque se habia mostrado tan interesada en promover los intereses y asegurar la dominacion del duque de Anjou, nunca se habia atrevido á declararse abiertamente su aliada y protectora, temiendo ponerse en abierta hostilidad con su antiguo señor, que le parecia un enemigo formidable. Habian variado algun tanto las circunstancias para